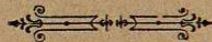


cerraba y adoraba en su corazón con mayores deseos y con mayores esperanzas que desea una madre á su hijo y espera una Reina á su soberano. *Expectans, expectavi Dominum.*

El estado interesante de la Virgen, su grandeza y sus privilegios, sus merecimientos y sus virtudes, sus deseos y sus esperanzas, todo cuanto acabo de describiros, aunque con esa imperfección que sella todas las obras del hombre, es perdido y estéril si nosotros lo miramos con la indiferencia de un corazón terreno, si despojando nuestras almas de lo más seguro, que es la fe, de lo más rico, que es la esperanza, de lo más excelente, que es la caridad; no damos cabida en ella á los verdaderos deseos y á las verdaderas esperanzas de la venida de Jesucristo. Desear el nacimiento de Jesús, es desear una y mil veces el beneficio de la redención; esperar el nacimiento de Jesús, es esperar continuamente la salvación: desearle, es heredarle y poseerle: esperarle, es ser poseídos y hacernos nosotros herencia de Jesucristo. Arda, pues, en nuestros corazones el espíritu de la iglesia, nuestra Madre; renazcan en nosotros los deseos, y reanímense las esperanzas de todo buen cristiano. Separémonos del vicio y sigamos la virtud; detestemos el pecado y trabajemos sin cesar para conseguir la gracia; y de la misma manera que Jesucristo descendió al seno de su Madre por obra del Espíritu Santo, descenderá en estos días á nosotros por la protección generosa de María. Deseemos con Ella y esperemos por Ella: deseemos con humildad y esperemos con confianza, y Jesucristo nacerá para nosotros, habitará con nosotros durante el amargo tránsito por el erizado camino de la vida, y á la hora de la muerte Jesús y María, la Madre y el Hijo, la Reina y el Soberano satisfarán nuestros deseos y colmarán nuestras esperanzas, franqueándonos las puertas de la Jerusalén triunfante, donde dichosamente unidos con el Padre y el Espíritu Santo, entonaremos sin descansar las divinas alabanzas, por los siglos de los siglos. Así sea.



DISCURSO XXIX.

Sermon de María Santísima de la Esperanza.

Expectans, expectavi Dominum.

(David, xxxix, 1.)

HAY acontecimientos en la historia de la humanidad que han pasado, pero que no han desaparecido. Acontecimientos maravillosos, benéficos, santos, que abarcan en su extensión la duración de todos los siglos, y en su grandeza la capacidad de todos los pueblos; acontecimientos que no sólo están escritos en los fastos universales del mundo, sino que están esculpidos con caracteres indelebles, delineados, reproducidos por el dedo de Dios en el corazón de todas las naciones, de todas las generaciones y de todos los individuos.

Lo son, sobre todo acontecimiento y sobre todo prodigio, los misterios inefables obrados por la Divinidad en favor del linaje humano: lo es, entre todos estos misterios, ese misterio que es como el desarrollo y el complemento de la verdad de la Encarnación; la inauguración de una cadena de magníficos prodigios de misericordia que se dirigen como á su término en la crucifixión del Hombre-Dios. Misterio que, sirviendo de descanso en la jornada que el cristiano contemplativo recorre desde Nazareth hasta el Gólgota, es como la voz de *alto* que la omnipotencia del Padre, la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu Santo dan á toda criatura de corazón sensible y de libre inteligencia, diciéndola: *Detente y contempla*. Misterio que la Iglesia, y nosotros con ella, acabamos de celebrar; el misterio del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, hecho hombre en las entrañas de una Virgen, y nacido

para la salvacion de todos los hombres. Pero este misterio nos representa un Hijo; este Hijo trae á nuestra consideracion una mujer Madre; esta mujer Madre se nos ofrece en cinta, en el estado de ansiedad y de deseo, de gozo y de amargura, de *espectacion*, en fin, y de *esperanza*, que crece en una madre á medida que se acercan los momentos de dar á luz á su hijo. Y este Hijo es Jesus, y esta Madre es Maria.

Una congregacion cuya vida data desde el año de 1635 (1), que ha sufrido todas las consecuencias de convulsiones políticas que en nuestra pátria, porque así lo ha permitido la Providencia, han afligido á las corporaciones religiosas; una congregacion que se eclipsó, al parecer, en 1828, para presentarse con vida más refulgente y lozana en 1850, gracias á Dios y á los esfuerzos de dos devotísimos y amantes corazones que veian en Maria Santísima la realizacion de todas sus esperanzas: esta congregacion, digo, se reúne hoy en este santo templo para protestar contra la impiedad de los enemigos de Maria y de su culto; para proclamar muy alto que Maria fué, es y será siempre *la esperanza* universal de todos los cristianos; y para contemplar á la Señora naufragando, séame permitido decirlo de esta manera, en el mar de esperanzas en que se inunda en la *espectacion* de su sacratísimo parto y del nacimiento del divino Salvador. Y esta congregacion, que desea y necesita para desenvolver sus sentimientos un intérprete autorizado y digno y capaz, por una equivocacion, muy honrosa ciertamente para mí, me elige siendo el último, el ménos idóneo y el más indigno de publicar las glorias de Maria Santísima. Sea, pues, Dios lo dispone. Pero ¿y cómo lo hago? ¿Y de qué manera formulo y desenvuelvo mi proposicion? Escuchadme: *Espectacion y esperanza*. Doble esperanza; esperanza de Maria con respecto á Jesucristo; esperanza de los cristianos con respecto á Maria Santísima. ¿Cuál será mi asunto?

Maria Santísima esperando al divino Salvador de las almas; Maria Santísima esperanza segura, eficaz, indefectible de todas las criatura.

Ave Maria.

Es imposible hablar de Jesucristo y no hablar de Maria Santísima: no le es permitido al entendimiento contemplar al Reden-

(1) La congregacion de Nuestra Señora de la Esperanza, ó de la Expectacion, á quien prediqué este sermón.

tor sin fijarse en la Co-redentora: lo es dable hablar del Hijo sin que la Madre haya de ocupar un lugar muy preferente en nuestro razonamiento. Y de tal manera es así, que si un Patriarca de lo antiguo se exhala en ardientes deseos del Mesías, los demás Patriarcas, en coro, manifiestan los suyos en favor de la Virgen, de quien ha de nacer; si un Profeta vaticina al *Deseado de los collados eternos*, otros Profetas anuncian, describen á la planta incorruptible, fecunda, de cuyo tallo ha de nacer la Flor de Jessé: al lado de un símbolo, de una figura que represente al Hijo de Dios, cien símbolos, cien figuras vienen preanunciando y haciéndonos ver anticipadamente á la esperanza de todos los siglos, al sueño dorado de todas las almas piadosas, á la immaculada doncella de Nazareth, que es elegida para Madre de Dios. Siempre Maria al lado de Jesus; siempre Jesus íntimamente unido con Maria.

Pero donde más admirablemente, donde más íntimamente unida encontramos á Maria Santísima con Jesucristo, es en la época de su preñez; y con veneranda especialidad en lo que con toda propiedad llamamos *Espectacion del parto*; en los días cercanos al nacimiento del divino Salomon, en los instantes de acrisolado deseo, de incalculable ansia, de esperanza veheméntísima de la Madre de Dios.

Y efectivamente; yo quiero prescindir, porque no puedo menos, de las disposiciones de alma y cuerpo con que Maria espera y desea á Jesucristo; prescindo de la ampliacion de los fines, porque Maria Santísima, más que todas las criaturas, desea el natalicio de su Hijo, ya por lo que mira á Dios, ya por lo que mira á los hombres; y quiero que la consideremos en su deseo, en su esperanza, en su *espectacion* del Salvador, en lo que dice relacion con Jesucristo y consigo misma. Penetremos en el corazon y en el espíritu de una mujer que vá á ser madre.

Una mujer madre en estado de *espectacion* es un misterio en el orden de la naturaleza: es toda por su hijo, toda de su hijo, es una madre toda hijo. De aquí el que su alma sea un tesoro de arcanos que ni ella misma acierta á explicarse; que su corazon se liquide en ternura, y que su imaginacion despliegue sus alas por el dilatado campo de las más halagüeñas ilusiones.

Oigámosla: deseo y espero á este hijo que llevo en mis entrañas, porque en él pienso que he de encontrar para mi delicia el tipo de toda hermosura. Maria Santísima tiene en su vientre y espera con agitacion ver nacido y en sus brazos al que, segun el Espíritu Santo, es *Speciosas forma præ filiis hominum*. Una ma-

dre comun, una madre que no es Maria, desea ver en su hijo, y lo vé anticipadamente, la virtud, el valor, el poder, la sabiduria, la riqueza y la gloria; y le halla adornado de la munificencia, de la magnanimidad, de la misericordia, del desprendimiento; á una mujer madre en espectacion de su hijo, la es permitido ver en su hijo todo lo hermoso, todo lo grande y todo lo perfecto. Maria Santísima, que es la personificacion de la mujer en cuanto ésta tiene de más necesario, de más bello, de más delicado y de más sublime, es tambien el modelo perfectísimo de la mujer *en espectacion*. Así es que mis oidos la escuchan decir: ansío ver á este Hijo, porque Él es la sabiduria increada, la sabiduria divina, esa sabiduria que ya al aparecer derramará por todos los ámbitos torrentes de indefectible luz que ilumine á todo hombre que venga á este mundo. Yo deseo el nacimiento de mi Dios, de mi preservador, de mi Hijo, para que el universo vea en Él ese Omnipotente á cuyo *fiat* desaparece el caos, se separa la luz de las tinieblas, brotan las flores, se sazonan los frutos, y es tierra lo que ántes era nada. Yo me abraso en el deseo del nacimiento de este Hijo mio, porque su valor vence la muerte y encadena á Lucifer; porque su riqueza es la gracia y la misericordia, y porque, envuelto en abatimiento y en miseria, viene á hacer manifestacion de su gloria en la santificacion de todos los hombres.

No se detienen aquí, católicos, los sentimientos de la Virgen, ni queda reducida á esto su esperanza del Mesías, esa esperanza que la hace sufrir más cuando más cercano está el instante de su alumbramiento; porque *spes quæ difertur affligit animam*. Hemos escuchado la expresion de los deseos de la Virgen en lo que mira á sí misma; oigámosla en lo que se refiere á Jesucristo, como verdadero Dios, hecho verdadero hombre. Y esto, quien nos lo vá á decir elegantemente es el glorioso Arzobispo de Valencia, Santo Tomás de Villanueva:

«Deseo con vehemencia y espero con ansia, dice el Santo, interpretando los afectos de la Virgen, deseo el nacimiento de este Niño, hijo ternísimo y delicado de mis entrañas, porque arrojará á tierra el cetro de los Reyes y la corona de los Emperadores. Le espero y le ansío, porque someterá á su dominio ciudades opulentísimas, pueblos indomables, todas las naciones de la tierra: le deseo y le espero, porque acreditará de muy necios á los hinchados filósofos y sábios del siglo, destruirá su ciencia, y dará al mundo una nueva sabiduria: le espero y lo ansío, porque Él acabará con los sacrificios, con el sacerdocio, con el culto de los ídolos, por tanto tiempo y por tantos siglos recibido y practicado: por-

que, envolviéndole como en una nueva piel, reformará y renovará completamente al mundo. Ni sólo por las maravillas exteriores, sino porque cambiará completamente los sentimientos, las afecciones, los pensamientos, los deseos y hasta los corazones de los hombres, para que amen lo que ántes aborrecian, para que aborrezcan lo que ántes amaban. Los recreará, los regenerará con una nueva forma, haciendo de hombres antiguos hombres nuevos; de terrenos, celestiales; de carnales, espirituales; de humanos, angélicos... ¡Cuántos millones de hombres, de mujeres, de jóvenes, de vírgenes, se dejarán martirizar y sacrificar voluntariamente en toda la redondez de la tierra por la fe y por el honor de este Niño! Le deseo y le ansío, finalmente, porque este Niño, que ha de reclinarsse en un pesebre, luchará sólo y á brazo partido con el mundo, le prosternará vencido á sus piés, y será adorado por todas las generaciones.» (Hasta aquí el Santo Arzobispo.)

De aquí, amados míos en el Señor, aquella preparacion más que angélica, casi divina, de Maria Santísima para el natalicio del infante Jesus; de aquí aquella pasmosa humildad, aquella purísima incontaminada limpieza de corazón para albergarle en su seno; de aquí aquel amor sobre toda ponderacion, aquel amor á Jesucristo Hijo de Dios, como lijo de su propia sangre, y con exclusion de todo amor á cualquiera otra criatura. No he dicho bien: amor á Jesucristo, deseo y esperanza de Jesucristo, porque en esta maternidad y por esta maternidad divina la está vinculado á Maria Santísima el esclarecido, el incomprendible, el adorable honor de ser *la esperanza* universal, eficaz, indefectible, de todos nosotros. Vamos á verlo.

Mucho podia prometerse la humanidad desvalida, miserable y desconsolada; infalibles esperanzas podia fundar en una criatura que en los designios eternos habia sido engendrada primero que ninguna otra criatura. De un alma pura, de un espíritu hermosísimo que acompañaba al Creador cuando formaba los cielos, cuando ponía límite á los mares, y cuando colocaba los cimientos de la tierra. Mucho, muchísimo, incalculable era cuanto nosotros podíamos prometernos y esperar de un sér que salió de la boca del Altísimo, que tiene su morada entre la plenitud de los Santos, y que fué preservada del contagio original. Pero aparecen débiles, cristianos, aparecen débiles y no absolutamente seguras estas esperanzas universales al lado y en comparacion de las que debía-

mos y podíamos y queríamos depositar en Maria Santísima, elevada á la altísima dignidad de Madre de Dios.

Madre de Dios quiere decir Maria unida con Jesucristo, inseparable y nunca separada de Jesucristo en tiempo y eternidad: quiere decir que hay union tan íntima, intimidad tan prodigiosa entre el Hijo y la Madre, que una misma sangre circula para los dos, un mismo latido hace mover entrambos corazones, una misma llama alimenta su amor, y con San Agustín: *Caro Christi, caro Mariæ*; «la carne de Cristo es la carne de Maria.» *Madre de Dios* quiere decir, con el Ángel de las Escuelas, que Maria Santísima tiene parentesco de *consanguinidad* con Jesucristo en cuanto hombre; parentesco de *afinidad* con Él mismo en cuanto Dios, y por uno y otro *confinidad* con la misma Divinidad. Con San Buenaventura, *maternidad divina* quiere decir el último esfuerzo de la divina Omnipotencia, en el cual de cierto modo se agota el poder de Dios. Y yo, por las anteriores reflexiones, no puedo ménos de asegurar en mi corazón que Maria Madre de Dios, y en expectacion de Jesucristo, es la única, la natural, la posible, la jamás desmentida esperanza de todas las generaciones. ¿Y quién lo prueba? ¿Quién? Lo prueba el divino espíritu de Dios, que en boca de Maria Santísima, y muchos siglos ántes de su nacimiento pone estas hermosas palabras: *Ego mater pulchræ dilectionis, et timoris, et agnitionis, et sanctæ spei...* Madre de lo más hermoso, que es el amor, y al amor sigue la esperanza; Madre de lo más prudente, que es el temor, y al temor acompaña siempre la esperanza; Madre del conocimiento, y á este conocimiento de lo que Dios es, de lo que nosotros somos, está íntimamente ligada la dulce esperanza de lo que hemos de ser; Madre de la *esperanza santa*, de la esperanza verdadera, de la esperanza divina, de la esperanza en Dios, fuente inagotable de la esperanza, la esperanza misma personificada en la Señora.

Y lo prueba el Cristianismo, prefigurado en los antiguos tiempos, y que por los labios del Real Profeta canta y se expresa de esta manera: *Spes mea ab uberibus Matris meæ*: «mi esperanza en los pechos, en las entrañas de mi Madre.» Es decir, la esperanza de todos los hermanos, de todos los discípulos de Jesus, está en Maria Madre y en expectacion de su Santísimo Hijo. Está en su vientre divinizado por la concepcion y el contacto y la vida de Jesucristo; está en sus pechos, donde se forma y de donde se produce, no leche para nosotros, sinó gracia y amor, y misericordias y esperanza. Lo prueba en aquella jornada á la ciudad de Hebron, en aquella visita misteriosa que Maria Santísima hace á

su prima Santa Isabel, el lenguaje divino que el Espíritu Santo pone en los labios de la una y de la otra:

«Bendita entre todas las mujeres: *Benedicta tu inter mulieres*. Y bienaventurada la que ha creído, porque en Tí se realizarán, se consumarán, se completarán todas las cosas que el Señor te ha prometido: *Beata quæ credidisti, perficientur in te, quæ dicta sunt tibi à Domino.*» ¿Y qué cosas son estas que han de realizarse? Oigamos la respuesta que nos dá Augusto Nicolás, filósofo tan profundo como católico de nuestros días: «No es la concepcion de Maria sin pecado original, esto ya habia tenido lugar: no es la realizacion de la encarnacion del Verbo; porque ésta ya estaba realizada: no es tampoco su elevacion á Madre de Dios, porque esto ya se tenia presente: es por las consecuencias y efectos de la Encarnacion, por la salvacion del género humano; es por la esperanza que el género humano habia tenido siempre, tenia entonces y no dejaria de tener nunca en Maria Santísima, como la Madre de todas las esperanzas.»

Más aún. No lo niega, ántes bien, para nuestro consuelo, lo confirma la misma Señora cuando, regocijada en Dios, su Salvador, exclama: *Fecit mihi magna qui potens est...* *Ecce enim ex hoc, beatam me dicent*. Hizo en mí cosas grandes el Todopoderoso; me hizo Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo, reclinatorio, templo y sagrario de la Santísima Trinidad, Emperatriz de los Angeles, Reina y Madre de los hombres, fuente de vida, ángel de paz y océano insondable de todas sus esperanzas. Me hizo Madre de este Hijo, de este Hombre-Dios que tengo en mis entrañas, á quien adoro y por quien suspiro con toda la ternura de una mujer y de una madre, y con toda la virtud de una Madre Santa.

La Iglesia, por último, hija y discípula de la Virgen-Esperanza; la Iglesia nos dice á todos nosotros: «Ahí tienes á Maria, ahí tienes á tu delicia, ahí tienes á la esperanza de todos los seres.» Y la Iglesia que enseña y nosotros que aprendemos, todos unidos, clamamos y repetimos con el grito entusiasta de nuestro corazón: Dios te salve, Reina y Madre, consuelo de los afligidos, vida, dulzura y esperanza, salve: Dios te salve, amparo de los huérfanos y socorro de los necesitados, vida, dulzura y esperanza, salve. Dios te salve, medicina del enfermo, auxilio de los cristianos, refugio de los pecadores, esperanza nuestra, Dios te salve. Y el Espíritu Santo y el Cristianismo, y la Virgen y Santa Isabel, y la Iglesia y el sentimiento unánime y universal de todos los pueblos y de todos los tiempos, nos dicen y nos prueban que Maria Santísima,

si es la única Madre que sabe esperar, que sabe desear á Jesucristo, es la única esperanza posible, y eficaz é indefectible de todas las criaturas.

Hé dicho.

Real y religiosísima corporacion que honras á Maria Santísima con la hermosa advocacion de la *Esperanza* en su estado de espectacion; no dejes nunca de tener presente que en este título veneras é invocas á Maria como Reina de las tres virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad. De la Fe, en los deseos que manifiesta en su espectacion; de la Esperanza, por la ciencia que tiene de lo que ha de valer para nosotros; de la Caridad, por el amor que tiene á Jesucristo como Dios, como Hijo de sus entrañas, y por el amor que tiene á todos los hombres. Y la Caridad me recuerda en este momento que tú eres tambien congregacion de socorro, congregacion de Caridad. Mira á Maria que es tu Esperanza, y no dejes contaminar tus sentimientos con el falso espíritu del siglo. No sea tu caridad *filantropía*; amor al hombre, pero por la razon de semejanza, porque es hombre y nada más; *filantropía*, moneda falsa de la caridad. No lames tampoco á tu caridad *Beneficencia*, *benefacere*, hacer bien sin expresar á quién ni cómo; *beneficencia*, moneda falsa, incompleta, de la caridad. Sea tu caridad caridad evangélica, cristiana, divina, adornada con todos sus preciosísimos requisitos, para que por ella te unas á Dios, te unas á tus semejantes, realices tus esperanzas en Maria Santísima, granjeándote con la imitacion de sus virtudes toda la gracia necesaria para santificarte en esta vida, y despues glorificarte en su amabilísima compañía eternamente en la otra. Amen.



DISCURSO XXX.

Sermon de Purificacion.

Nolite putare quoniam veni solvere legem aut prophetas: non veni solvere, sed adimplere.

(San Mat., v, 17.)

No penseis que he venido á abrogar la ley ni los Profetas; no he venido á abrogarla, sinó á cumplirla.
—*Ut supra.*

EL Omnipotente, en su benéfico designio de salvar al hombre en este mundo y glorificarle despues en el otro, no ha dejado incompleta la obra de su gran misericordia. Al ascender Jesucristo á la diestra de su Padre celestial para tomar posesion de la gloria que le conquistaran su abatimiento y sus humillaciones, parecia que la miserable humanidad, si redimida, volvia á quedar desamparada. El Salvador habia desaparecido de entre nosotros, y en adelante nuestra fragilidad, nuestros extravios, nuestra ingratitud y nuestros pecados habrian de encontrarse frente á frente con un Dios: y nuestro corazon y nuestra alma con solo Dios habian de entenderse para levantarse de sus caidas. ¡Grandeza insoportable para la pequeñez de una desvalida criatura! ¡Majestad inexcrutable, que anonadaria nuestro espíritu, detendria nuestros pasos, y temerosos de la cual, y renunciando á toda esperanza, tal vez por nuestra desdicha acabáramos por perecer en el abismo de nuestras abominaciones!

Pero afortunadamente no es así: y allí donde se presentan las necesidades del hombre, allí se encuentra tambien la divina bondad para remediarlas. La apremiante, la gran necesidad de los